

Que no lo den por muerto

Juan Antonio Isla Estrada

- El operativo del Gobierno del Distrito Federal para desalojar una vecindad en Tepito, ni combate la delincuencia a profundidad, ni daña el tejido social de uno de los barrios más antiguos, poderosos y peligrosos del mundo.
- 'La Fortaleza' es el nombre del predio desalojado, pero solo representa una mínima parte del cerco de orgullo e identidad defendidos secularmente, bajo el cual opera una red criminal que se remonta a los tiempos prehispánicos.

Cuentan los cronistas que el mercado negro de Tepito existe desde que los aztecas veían con diáfana claridad los volcanes, desde antes que los españoles se apersonaran y apoderaran de estas tierras. Los historiadores afirman que desde tiempos prehispánicos los habitantes de este barrio fueron sometidos por el dominio de los aztecas quienes les impidieron comerciar sus mercancías en el gran mercado de Tlaltelolco. Esta restricción obligó a los habitantes de Tepito a crear su propio recinto comercial, el cual se encontraba fuera de la gran Tenochtitlán y que comenzaría a tener la peculiar concurrencia de ladrones que asistían a vender ahí los productos de sus robos.

En los primeros años posteriores a la Conquista, en la plazuela llamada de Tepito (hoy Plaza de Fray Bartolomé de las Casas), había un templo pequeño que los indígenas nombraban como Teocultepeitón, al cual los españoles llamaron Tepito (nombre que proviene de una voz náhuatl que significa "templo, ermita o capilla"), el barrio de la capital mexicana que mejor ha resistido la embestida de la modernización urbana en cuanto a la implantación de nuevos patrones en sus costumbres, ha conservado con orgullo su identidad, tiene un lenguaje propio (el caló tepiteño es característico) y mantiene una constante lucha por dejar intacta su fisonomía y por defender su arraigada vocación comercial.

Tepito permaneció fuera de los límites de la ciudad y comenzó a poblarse de mesones a los que acudían los arrieros que venían a México a vender sus mercancías. Ya con la introducción de los ferrocarriles, esos mesones se transformaron en grandes vecindades cuyas rentas bajas acabaron por atraer inquilinos de economía modesta.

La historia registra la evolución de una comarca singular y las leyendas construyen negros episodios de arrabal y delincuencia. En la segunda década del siglo XX estalló el conflicto de la persecución religiosa y mucha gente que simpatizaba con los Cristeros, que no querían vivir el riesgo del acoso del gobierno, arribó a la Ciudad de México y decidió alojarse en Tepito. La gran mayoría de ellos eran originarios del Bajío y zapateros de oficio, principal factor para que Tepito llegara a ser uno de los grandes centros productores de zapatos en el país.

Hace muchos años que la policía de la Ciudad de México ha dejado de entrar al corazón del barrio de Tepito, y las pocas veces que lo hace, es para sacar los cadáveres de las víctimas de los constantes asaltos y tiroteos a causa de conflictos por el mercado de la piratería y la droga. Los operativos realizados por la policía han sido más con intención mediática, incluyendo el que se realizó hace unos días en el corazón de la ciudad más poblada del mundo.

Tepito ha sido mucho tiempo sinónimo de impunidad y trasgresión a la ley. Porque eso sí, el bravo barrio de Tepito (de donde han surgido boxeadores como José Medel y el 'Puas' Olivares) es el mercado por excelencia, pero un mercado sui generis: al margen de la ley pero tolerado. Comenzó a ofrecer mercancías ilegales durante el periodo en el que el gobierno mexicano decretó un virtual cierre de las fronteras mexicanas a los productos extranjeros durante las décadas de los 60 y 70s.

El cierre de las fronteras a productos extranjeros tenía como objetivo crear un mercado cautivo para las empresas mexicanas con el fin de protegerlas de la competencia extranjera y ayudarlas a consolidarse. Como ejemplo mencionamos el caso de los zapatos tenis que no se podían importar para no afectar los producidos por empresas mexicanas.

La rigidez en las aduanas mexicanas y los altos impuestos se contrarrestaban con el contrabando, con la introducción al país de mercancías sin pagar impuestos y sin respetar las restricciones y los cupos de importación vigentes. A esa mercancía se le conoció popularmente como 'fayuca' y por extensión a los contrabandistas se les denominaba 'fayuqueros'. El reino de la fayuca era el gran mercado de Tepito cuya oferta principal eran los productos extranjeros considerados de lujo e introducidos ilegalmente.

Pero con la apertura comercial las cosas cambiaron. A partir de 1982 el gobierno mexicano inició un proceso de liberalización económica que incluía la apertura comercial. Como consecuencia de dicha apertura y luego con la puesta en vigor del TLC prácticamente se acabaron las restricciones a la importación de productos extranjeros y el control en las aduanas fronterizas se volvió más laxo. Lógicamente esto afectó a Tepito y a sus habitantes, la mayoría vinculados al comercio.

En el terreno de la fayuca Tepito había perdido su hegemonía, pero algo tenía que hacer: comercializar otro tipo de mercancía ilegal. Así nace la gran industria de la piratería, así se convierte en el gran centro distribuidor de armas y drogas. El nuevo gran negocio era producir y vender productos falsificados, principalmente discos de música y películas, ropa, cigarrillos, vino, etc. Más grave aún que la clonación ilegal y la adulteración es que Tepito se convirtió en centro repartidor de droga para abastecer el mercado del 'narcomenudeo' (pequeñas dosis de coca, piedra, mota, tachas, heroína, semillas de la virgen, etc.).

Eventualmente a los gobiernos en turno del Distrito Federal se les había ocurrido hacer operativos para decomisar mercancía ilegal, pero bajo un curioso procedimiento: policías infiltrados de la mafia tepiteña daban el clásico pitazo (advertencia) y sólo se decomisaban los saldos de temporada, la que no se vendía y sólo estorbaba en las bodegas de los capos. Al día siguiente del espectacular operativo las cosas seguían como si nada hubiera pasado.

Pero el actual gobierno de la Ciudad de México encabezado por Marcelo Ebrard quiere ir más a fondo. Así se explica el hecho de que alrededor de 500 elementos del grupo de Granaderos de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal participaran en el desalojo de las familias que habitaban el predio conocido como "La Fortaleza" el cual empezó a demolerse sin que existiera de por medio un decreto expropiatorio, a lo que Ebrard ha dicho que las autoridades capitalinas trabajan en la elaboración de un proyecto de ley para crear una figura denominada "extinción de dominio", que de aprobarse sustituiría a la de la expropiación.

El asunto parece más un golpe mediático, confirmado por el hecho de que empleados de la delegación Cuauhtémoc, a la que pertenece Tepito, colocaron una manta a lo ancho de la calle Jesús Carranza donde se lee que en este predio se construirá un centro de asistencia, salud y apoyo social, guardería, centro de apoyo para estudiantes para educación media superior, centro de atención para adultos mayores y centro de atención toxicológica.

Es ingenuo creer que para terminar con los actos delictivos en Tepito es suficiente con demoler los establecimientos donde ocurren los ilícitos. Las causas del crimen son mucho más complicadas y la composición social del barrio puede resultar ininteligible.

La lucha franca contra la delincuencia en general en la ciudad de México, y contra el crimen organizado como el caso particular de Tepito, no puede ser el pretexto para hacer expropiaciones sin trabajo de inteligencia previo. Como no se puede combatir a los que están fuera de la ley, violándola.

Defender y fortalecer el Estado de Derecho tiene como límite también el respeto a los derechos humanos y sociales. Qué bueno que Ebrard esté decidido a limpiar la ciudad de maleantes, pero que revise cuidadosamente los procedimientos porque, si quiere combatir la ilegalidad, debe predicar con el ejemplo. Y la Fortaleza, de cualquier modo, ahí seguirá porque no se puede, así se destruya un conjunto de viviendas, desahuciar a una comunidad que tiene un tejido social poderoso y complejo.

Más todavía: un gobierno de izquierda debe privilegiar el diálogo, poner en práctica la sensibilidad para entender y ayudar a recomponer esos entramados sociales dañados, a restituir los procesos culturales y sociales. Para ello es imperativo cambiar las acciones policíacas por la puesta en operación de políticas públicas que busquen la dignificación de los habitantes y de su entorno. Porque la 'fortaleza' no va a morir así porque sí, a golpes de barreno o toletazos. Porque al barrio de Tepito (con todo y lo destructivo que puede llegar a ser) que no lo den por muerto.

<http://www.RadioAyohui.com>